



## IMAGENES

Alejandro Frías Robles / Filosofía y Letras

Frente a mí tengo el paisaje atiborrado de nebulosas grises, que a través de mis lentes se imaginan mis ojos.

Los intersticios entre mis libros suelen estar siempre pintados de una obscuridad espacial:

Hesse en un extremo, Mann del otro. . . Y todos los demás los tengo reunidos como objetos inanimados sobre el viejo esqueleto de madera que hizo el carpintero de la esquina.

Sentado sobre el alféizar de la ventana pequeña de la casa de mis padres miro hacia la calzada atropellada por una multitud de automóviles, niños corriendo, hombres que con quejidos anuncian su prisa, mujeres nerviosas que hacen su labor rutinaria.

El follaje de los árboles reunidos en una familia a lo largo de la calzada, oscilan frente al cristal roto. . .

Ayer, ¡sí! , fue aquel día cuando del cielo descendió una golondrina para estrellar su frágil cuerpo en la ventana precipitándose con espasmo y giros al vacío, entre el rugido de coches que corrían sin percatarse de la agonía del ave.

Nunca quise que cambiaran el cristal que aún conservaba un color rojizo con bellas plumas tornasol; aquello lo tenía como un símbolo de la ironía de la vida.

A mi madre le solían preguntar por mí, pero nunca sabía decir nada, porque no me conocía bien.

Mi constitución física no era del agrado de las personas, las polémicas se suscitaban con gran interés entre el círculo social que frecuentaban mis padres.

Qué desgraciada era mi madre al envolver en sus pensamientos cuestiones de índole insípida, pero más se acercaba al círculo escatófilo de personas que la llenaban de conclusiones e ideas erróneas.

Es triste el momento, éste, el del segundo que pasa por ahora. Anunciando el atardecer el CuCu fluye a través de mis oídos y sus pesas tristes caen lentamente.

Abro la ventana y el aire me ahoga y oprime las sienes, los sofocamientos de las tardes de verano con sus calores húmedos logran penetrar hasta el occipicio.

En verdad estoy solo, o mis ojos me engañan. En la pared de enfrente se encuentra una imagen de Cristo y sobre el buró un santo que con lánguida expresión exhorta a olvidar pecados.

Un grito me sobresalta y veo hacia afuera, en la esquina de la calzada se agolpa la gente que con morbosidad observa a un epiléptico que se contorsiona; una paloma llama mi atención, mi mirada se detiene al ver una mujer encinta que se aferra a la pared, la gente sorprendida se empuja y un grito vehemente los saca de su embriaguez.

Mi corazón se exalta, comienza a palpar rápido, la cabeza me da vueltas, y un temblor me cimbra hasta que un sentimiento penetra hasta lo más íntimo de mi ser.

La cama fría, la obscuridad henchida de rencor, la flama alumbra implacable al santo, todo lo veo y eleático siento al mundo.

Los carros se escuchan a lo lejos, las voces de mis padres se mezclan discutiendo. El reloj marca la hora, los coches se aproximan, el roce del follaje se percibe, los automóviles pasan, mis padres se callan, y el reloj continúa su calmado tiempo. Volteo hacia la ventana y la luz eléctrica refleja sus rayos a través de la desproporcionada rotura del vidrio y un recuerdo melancólico llena de angustia mi corazón, mientras la mirada del santo penetra por mis ojos.

